

# EL CONOCIMIENTO DE LA EXISTENCIA ENCUENTRO CON EL ESPÍRITU O ESENCIA

Antonio Paolasso

## Concepto de existencia

Previo a considerar la cuestión de la existencia, se impone dilucidar qué significado imprimiremos a la palabra **existencia**. Según la RAE,<sup>1</sup> **existencia** es el “*acto de existir. Vida del hombre. Por oposición a esencia, la realidad concreta de un ente cualquiera*”, mientras que **existir** es “*tener una cosa ser real y verdadero. Tener vida. Haber, estar, hallarse*”.

Para la filosofía antropológica o antropología filosófica el concepto de existencia, referido estrictamente a la vida humana, es otro, aunque pueda haber una relación lejana con la denotación de la RAE. El ser del hombre es un ser desconocido. Es como si estuviera dentro de un círculo al cual no puede entrarse. Es un ser encerrado en **sí mismo** (sistencia del ser). Esta *sistencia o mismidad* cuando no es trascendida por el hombre, éste queda convertido en un ser encerrado, ensimismado que no convive en el mundo. Es el caso de ermitaños o eremitas que se enclaustran en una cueva y rehuyen vivir en sociedad. Por esto, el ser ensimismado, el que no se manifiesta, no constituye un hombre propiamente dicho, por lo que **Aristóteles** que el hombre que vive sólo o es Dios o es bestia.

El hombre, para manifestar su ser, debe salir de esa mismidad o *sistencia*, es decir, “llevarla afuera” lo que significa **ex-sistencia** (ex = fuera; *sistencia* = de sí). Es decir, que el hombre cuando sale de su *sistencia*, de su mismidad, inicia su *existencia*, o sea, comienza a *vivir fuera de sí*. Pero fuera de sí no es la expresión que se usa corrientemente para indicar a un hombre iracundo sino que en este caso significa que el ser sale de su encerramiento sistencial o mismidad, para existir y se convierte en un **ser abierto**. Se refiere a que el hombre comienza a relacionarse como ser humano con su medio, su ambiente. Esto lo logra con el uso de su conciencia. La conciencia es el instrumento de la inteligencia para realizar el proceso de la ex-sistencia. Esa relación de sí mismo con el mundo, es lo que **Ortega y Gasset** definía como “*yo y mis circunstancias*”.

Esta es otra de las notas fundamental del ser del hombre. Y necesariamente, al ser abierto es cuando comienza a **ser con** otros seres. Este **ser con...** es otra nota fundamental del hombre que lo lleva a convivir con otros seres humanos como condición fundamental de su ser. Así el hombre es un **ser social**.

Este concepto de apertura hacia fuera es probablemente lo que la RAE denomina “*tener una cosa ser real y verdadero*”. Es como si el ser del hombre, al manifestarse exteriormente entra en la realidad y ahí comienza su manifestación verdadera. De todos modos, sea manifiesto o no, el ser del hombre no pierde su esencia. E igualmente estará

---

<sup>1</sup> Diccionario de la Lengua Española, editado por la Real Academia Española (RAE), 21ª edición

inmerso en la realidad pues *vive* en esa realidad (en el sentido de que está ahí ocupando un lugar) pero *no existe* en ella cuando no se manifiesta como ser abierto o ser social sino que está dentro de sí mismo. Dentro de nuestra concepción filosófica de la existencia, la cual ha sido extraída de una prolija revisión etimológica de la palabra existencia, la definición dada por la RAE no es pertinente porque pretende que vida y existencia es la misma cosa. Creemos que existir no es estar sólo en la realidad y tener una presencia verdadera.

Luego, lingüísticamente, la palabra *existencia* tiene una denotación similar a vida, estar vivo, estar en la realidad; una connotación en la que existir es igual que ser y una etimología que es la que realmente marca el verdadero significado de existencia y que es el que nosotros hemos explicado. *Ergo*, la existencia es uno de los *modos de ser* del hombre. Porque el hombre puede vivir el mundo y su vida de tres modos:

1. ensimismado
2. fuera de sí mismo
3. enajenado

Al hombre ensimismado ya lo hemos explicado como el hombre encerrado en sí mismo. Este sería el ejemplo absoluto de la inexistencia, puesto que inexistente es todo aquello que no manifiesta su ser. Luego, inexistencia no significa que un ente o cosa no sea, sino simplemente que es pero no da a luz objetivamente su esencia. En cambio, el hombre enajenado es cuando no está ni encerrado en sí, ni existiendo, sino que, simplemente, no se manifiesta a sí mismo porque atraviesa la vida “*como si fuera otro*”. Por lo tanto, el verdadero existente es el hombre que se muestra a sí mismo, es decir sale de su mismidad al exterior, para vivir “fuera de sí mismo”. En síntesis, “*la determinación fundamental de la existencia humana, es la capacidad de relación consigo mismo y con las cosas exteriores*” (Luis Rodríguez Aranda)

Los conceptos de existencia e inexistencia aplicados al hombre, se pueden traspolar a las cosas y a todo objeto u otros entes no humanos, en el sentido de que trascender es mostrarse a la luz del conocimiento objetivo.

Salir de sí mismo, es quizás la *trascendencia fundamental* del hombre, pues sale de los límites naturales de su esencia para penetrar en el exterior inmediato a sí y relacionarse con otros hombres, objetos, cosas y racionales y, así, provocar otra trascendencia como es salir del medio físico objetivo y material, para establecer un ámbito pleno de sentido (mundo). Esta trascendencia será el puente natural para una tercera trascendencia también fundamental: la metafísica, que le permite entrar en el arte, la ciencia y el ámbito de la fe. Las trascendencias se logran mediante la aplicación con profunda atención y concentración del pensamiento razonado a la consideración del sentido y esencia de nuestra vida y al cuidadoso discernimiento de los medios que debemos usar para llegar al correcto conocimiento (verdad) de esos temas básicos. Esta forma de pensar es lo que llamaremos *meditación trascendental* en el sentido etimológico de la misma.

### Actitudes existenciales

Sólo el hombre que logra *ex-sistir*, manifestarse fuera de su mismidad, es el que podrá adoptar *actitudes existenciales*. Por *actitud* entenderemos a la “*disposición de ánimo*,

*de algún modo, manifestada*”.<sup>2</sup> En cierta medida, esta denotación de actitud resulta algo iterativa cuando se le adiciona el adjetivo existencia, pues tanto actitud como existencia, para ser tales, necesitan ser manifestadas, exteriorizadas, realizadas.

**Paul Roubiczek**<sup>3</sup> propone distinguir esencia de existencia diciendo que la esencia nos remite a la genuina naturaleza de las cosas: es la “humanidad” del hombre.<sup>4</sup> La esencia abarca a todos los hombres, sin distinciones individuales. En cambio, la existencia se refiere a un hombre concreto, determinado, individual, que puede ser Juan o Pedro y al cual yo conozco personalmente. No es lo abstracto de la humanidad sino lo concreto de mi persona o de Juan. Dentro de la humanidad están los existentes (que viven fuera de sí), los ensimismados y los enajenados (seres mal abiertos y seres cerrados, en general). Pero frente a una persona concreta ahí constataré si existe o no, es decir, si vive como ser abierto o es un ser cerrado. La esencia es algo común de todos los hombres. Los modos de manifestar la esencia, la modalidad o personalidad humana, son notas individuales. Cada hombre tiene un particular modo de manifestar su ser. El existencialismo, como filosofía, exige que se tome, para reflexionar, como punto de partida la existencia y no la esencia, de modo que se dejen intactas las cosas de la realidad; tal cual se presentan en la experiencia personal genuina y no se idealicen o se conceptúen en forma abstracta. La existencia es la filosofía de lo concreto.

Pero es necesario decir “actitud existencial” para referirnos al fenómeno de la *especial disposición de ánimo que en forma personal se adoptan para enfrentar los fenómenos vivenciales, es decir, los fenómenos que la vida nos depara durante toda nuestra existencia.*

### **Ensimismamiento, existencia y vocación**

La vocación, en el idioma español, es una advocación. Es el llamado que se hace a sí mismo, al interior de cada uno, para conocerse (conocer nuestro ser) o descubrir una determinada tendencia para nuestro proyecto existencial. Qué debemos ser o hacer con nuestra vida para vivirla. La vocación, primariamente, es entendida como el “llamado de Dios” para seguir una conducta religiosa. La advocación es lo que comúnmente llamamos vocación cuando nos referimos a la elección de una profesión. Vulgarmente se dice que se tiene vocación para artista, para científico, para religioso, etc.

Pero filosóficamente, **Heidegger**<sup>5</sup> concibe a la vocación o vocar como un llamado interior (invocación) donde lo llamado es la propia mismidad (sí mismo). Esta invocación del “sí mismo” es el primer paso para lograr que esa sistencia o mismidad pueda exteriorizarse (se llama al interior para traerlo al exterior). Esta vocación-invocación-advocación se acompaña luego de una convocación de otros, para integrar la mismidad o subjetividad con la objetividad (las otras cosas que nos rodean y que están fuera de nuestra sistencia o mismidad).

---

<sup>2</sup> Aceptación de la RAE

<sup>3</sup> EL EXISTENCIALISMO, Editorial Labor, Barcelona, 1970

<sup>4</sup> Concepto que explica el nacimiento del nuevo humanismo filosófico encarado, entre otros, por **Heidegger** y **Sartre**

<sup>5</sup> EL SER Y EL TIEMPO, § 56

De este modo, nuestra mismidad, que consiste en un ser-dentro (dentro de uno mismo), constituye lo que hemos llamado el ser-cerrado. Cuando vocamos a esa mismidad para proyectarla hacia fuera, hacia el exterior (lo que hacemos con la conciencia, como acto consciente), estamos logrando ser-fuera de uno mismo para integrarnos a los otros, lo que hemos hecho mediante la convocación.

Deja de operar el yo (el *ego*) para constituir la dupla del yo-tú, en la relación interpersonal individual, o bien en la relación del nosotros (nos y otros)<sup>6</sup> y se pasa a ser-abierto.

Como este fenómeno de exteriorizar la existencia o mismidad ocurre en el espacio lleno de sentido que constituye el hombre en el lugar geográfico que le toca vivir y que llama mundo, el hombre que está inmerso en ese espacio con otras cosas, deja de estar-ahí para ser-ahí. La diferencia entre estar-ahí y ser-ahí consiste en que estar significa sólo eso: un estado pasivo de ubicación con las otras cosas que lo rodean en su medio estímulo. Es lo que ocurren con los seres inanimados, las plantas y los animales y otros seres vivos no humanos. Ellos “están” en ese ambiente o medio, sólo para subsistir de acuerdo a las leyes naturales que los rigen y que ellos no pueden modificar activamente (salvo la modificación de algunas cualidades, que es lo que se conoce como “adaptación al medio”). En cambio el hombre modifica con su inteligencia ese espacio estímulo, físico, y yendo más allá de él, lo trasciende con la *metafísica*. Esta trascendencia es la que permite que habite el medio, pero no sólo estando en él pasivamente, sino que lo modifica activamente mediante la *cultura*. Esto significa que para cambiar el medio físico y vivirlo como un espacio humanizado, debe salir de sí mismo y empezar a ser (desarrollarse) no sólo estando, sino también “siendo” en ese espacio. Es el ser-ahí de Heidegger. Es la esencia de la ex-existencia (existencia) que hemos explicado antes.

Esta invocación al “uno mismo” no significa para **Heidegger**, que el hombre se esté colocando a sí mismo como un objeto de estudio de su inteligencia para formarse un juicio de “sí mismo”. Tampoco significa exteriorizar la mismidad como algo que se aniquila al quedar desprendida de la “vida interior”. El llamado invocador no opera como des-mismidad que separa, paradójicamente a la mismidad de sí misma, sino, contrariamente, es sólo proyectar esa mismidad que sigue umbilicada a sí misma, a la vida interior, la que es reflejada objetivamente sobre los objetos o cosas exteriores. Esto es lo que según **Heidegger** constituye otro modo de ser del hombre: “*ser en el mundo*”. Es un modo de ser ex-sistente, pero entrañado. Sigue pegado a la vida interior, a sus entrañas. Este es, quizás y en nuestro punto de vista, el verdadero modo de ser del hombre (hombre auténtico, cabal, completo)

Otra cosa distinta ocurre cuando el “uno mismo” no se autoinvoca. Queda encerrado en su interior y no hay trascendencia mundana y se cierra al mundo exterior (ser-cerrado). Prácticamente todo hombre que no se autoinvoca, indefectiblemente, queda encerrado en sí mismo y pasa a *ser-ensimismado* y no se manifiesta como un *ser en el mundo*, sino como un *estar en el mundo*. Se puede ser ensimismado porque se está concentrado en una meditación

---

<sup>6</sup> El nosotros nace del uso mayestático del idioma que hacían los reyes medievales, donde el yo era sustituido por el nos (se referían a sí mismo en plural). Como el concepto medieval era de que el rey era un “primero entre sus iguales” (*primus inter pares*), porque cuando tomaba decisiones lo hacía con “nos” (el rey) y los “otros” (que eran sus pares o caballeros nobles de la corte, los señores feudales)

profunda que aísla a los sentidos del contacto con la realidad. O se puede estar ensimismado porque no hay autoinvocación y vivir sólo consiste en *desarrollar una vida meramente física, orgánica, carente de actividad intelectual o de relación social, como si fuera un cuerpo capaz de crecer, desarrollarse y subsistir, pero carente de sensaciones profundas y de pensamientos expresos*. Esto se considera como un “estado vegetativo” que puede ser patológico, o el desarrollado por un ser humano que ha perdido contacto exterior con el mundo, sin padecer ninguna patología. El aislamiento puede ser voluntario (ermitaño) o involuntario (desarrollo en una comunidad o lugar aislado).

Cuando la mismidad se exterioriza pero rompe y se separa de sí misma, corta con la vida interior, se pierde la continuidad del ser. Se “es” algo, pero este algo no es el “sí mismo”. Es otra cosa, con forma de ser humano, pero que está separado de ese ser, como si fuera algo ajeno a él. En un ser ex-trañado: la mismidad sale de sus entrañas naturales, a las cuales no reconoce y por lo tanto, es un extraño. Esto es lo que hemos llamado el ser-enajenado (el que se siente ajeno y extraño a sí mismo). Esto es parte del proceso que hemos llamado *deshumanización* (el ser humano cambia, muta o trastoca su esencia).

Tanto el ensimismamiento como la enajenación, en nuestro punto de vista, constituyen modos de ser “aparentes” pero no auténticos (modos de ser inauténticos, incompletos).

### Las cuestiones filosóficas de la existencia

Históricamente sabemos que cada era, edad o época histórica generó un modo de filosofar. Los antiguos se ocuparon de las cosas primarias del hombre. Antes que empezara a hablar, el hombre se expresó con signos y dibujos. Así consta en las paredes de las cuevas prehistóricas. Luego que aprendió a hablar y escribir, los “pueblos pensantes” de la antigüedad, de los que fue líder Grecia, se ocuparon más en definir al hombre y sus circunstancias. **Parménides** fue el primer pensador filosófico propiamente dicho y el que instaló lo que luego **Aristóteles** consideró como la *filosofía primera* que es el postulado *existencia del ente en cuanto ente*. Sin dar muchas vueltas intelectuales o explicaciones muy racionales y elaboradas, la ocupación de estos filósofos primitivos fue darse cuenta de la importancia de aprehender el ser mismo del hombre, lo que el hombre es. Pero la mente humana no estaba preparada para tamaña tarea. Sólo podía basarse en lo obvio: el hombre y los entes presentes en el ámbito, ambiente o medio en el cual habitaban. ¿Quién negaría esto?. El problema no era cuestionar una presencia innegable, sino lograr saber qué o quién eran las cosas visibles. La cuestión principal reside en saber qué es “ser algo” (esencia) y qué es “manifestarse como algo” (existencia).

Pronto la historia de la filosofía nos ofrecerá dos enunciados principales que offician como si fueran opuestos. Estos “enunciados filosóficos” o *filosofemas* están ocupados profundamente sobre dos primados, en lo referente a *esencia* y *existencia*:

1. la esencia prima sobre la existencia
2. la existencia prima sobre la esencia

A nuestro entender estos filosofemas responden más a cuestiones intelectuales de alto vuelo retórico, en el que parece que cuanto más se juegan con los posibles aspectos de una

cuestión, mejor filosofía se hace. Creo que la tendencia actual es devolver al pensamiento crítico o filosófico, un lenguaje asequible a los pensadores profundos, pero también al resto de los mortales que no alcanzaron una educación académica ni llegaron a profundizar el lenguaje. El divorcio entre filosofía y el “hombre común”, el “placido burgués” o “el hombre de la calle”, se debe a que la filosofía no ha sido traducida al nivel eficiente para constituir una disciplina fundamental en la cuestión más importante de todo hombre: aprender aquello que le es indispensable para lograr transitar una vida digna.

Los primados de los filosofemas que acabamos de analizar constituyen una especie de juego infantil en pensadores serios. ¿Por qué esta afirmación? Por algo muy sencillo: son ciertos y verdaderos tanto el ser (esencia) como la manifestación del ser (existencia). También es harto veraz que sin el ser no habría existencia. Pero esto no significa que el ser, desde el punto de vista filosófico, sea más importante para el hombre, a tal punto que este hombre “gaste” su vida en busca de ese ser. Es como pretender vivir para demostrar que Dios existe. Lo que es, sin dudas, es. La cuestión no es tanto el ser sino la apariencia del ser: si ese ser se muestra o no, y dicho esto, si se muestra tal como es, o bajo una falsa apariencia. La cuestión de Dios, como toda otra cuestión es ésta: unos apreciarán la apariencia de Dios mientras que otros no lo harán. Es como decir, algunos pueden llegar a conocer la presencia o mostración de Dios y otros no. Lo mismo ocurre con el mismo ser y valores esenciales como es el bien, la bondad, la verdad y todos los valores abstractos o absolutos que hacen a la esencia humana. Lo obvio es que quien se preocupa y ocupa (vocación) por encontrar el ser o esencia de algo, de algún modo o perspectiva o punto de vista tendrá contacto con una apariencia. De ahí podrá razonar con mayor o menor lucidez (dilucidar) cuán cerca está de esa esencia (verdad). Siempre, toda cuestión de certeza o verdad partirá de un fenómeno dado (*factum*). Las apariencias dependerán del punto de vista. Cada fenómeno tendrá una faz o apariencia distinta según se le observe desde lo físico o lo metafísico. Lo ideal sería que fuera observado desde todos los puntos de vista posibles (análisis) y de ellos extraer una conclusión holística universal (síntesis). Sólo así será posible el acercamiento a lo que las cosas son y sus formas de apariencia (esencia y existencia)

Todos sabemos sobradamente, tanto los filósofos como el “hombre común” que la cuestión de la esencia está dentro del *misterio ontológico*, esto es, que está fuera del alcance de la razón o inteligencia. Como la esencia es “algo intrínseco” al hombre, está fuera del alcance de sus sentidos y de su conocimiento. Se conocen y se perciben los entes o cosas. Pero de ahí, a conocer y percibir el ser de esas cosas es una cuestión por ahora imposible. Naturalmente, nos estamos refiriendo al conocimiento en sí del ser.

Pero como todos los seres o cosas se “manifiestan”, se dan como fenómenos (aquello que aparece a la luz), al irse manifestando de alguna manera también van exteriorizando algo del ser recóndito. Un matiz o modo de manifestarse. Luego, no podemos conocer al ser (esencia) pero si podemos percibir su presencia cuando éste se manifiesta a través de los “modos del ser”. Ya explicamos este “modo de exteriorizarse” (apariciencia) es lo que llamamos existencia. Por lo tanto, siendo algo conexo, innegablemente inherentes, es imposible separar esencia de existencia para analizarlos por separado. El ser es primero que la existencia por una cuestión lógica de génesis. En síntesis: por sentido común, la esencia es lo primero y necesario para el conocimiento del ser. La existencia es contingente. Es indudable que para existir primero hay que ser. La existencia siempre será una expresión de la esencia y es parte de ella, pues de acuerdo con **Heidegger**, en la esencia del ser humano

está el “ser con...”. Luego, la primacía de una sobre otra es una cuestión intelectual y abstracta porque fenomenológicamente esencia y existencia van juntas, sin jerarquía apreciable. El ensimismado es el que opta por *no existir* (eremita) y por lo tanto se aísla.

Pero discutir la importancia de uno y de otro para la vida del hombre es establecer “primados” que se basan en premisas muy racionales pero que como cuestión filosófica pragmática es irracional. Dado que la filosofía, en su concepción actual, no es sólo un mero juego de especulaciones de lo posible y cierto, sino que es una disciplina que tiene el objetivo principal de ordenar armónica y en consonancia con “lo natural”, la vida del hombre. Según **Ortega y Gasset** debe ocuparse de las cosas que le son indispensables al hombre concreto: a mí, a usted y a todos y cada uno de los que nos rodean.

Esto exige, sin más rodeos, que debemos partir de la experiencia en forma exclusiva. Las teorías, conclusiones o filosofemas pueden estar muy bien estructurados desde la lógica y un justo razonamiento, pero ni la confianza más estricta en ellos, soluciona nuestros miles de problemas (“cosas corrientes”) de la vida diaria. Inmerso en esta cotidianidad el hombre es incapaz de “hacer lo que quiera” e, incluso, de “hacer lo que debe hacer”. Luego, ética o moral y libertad son otras dos cuestiones que rondan como “buenos y deseables” postulados, mas en la práctica real se tornan como inalcanzables (al menos en forma absoluta).

Los filosofemas deben abandonar las ideas de los determinismos “indiscutibles” que se transforman en verdaderos dogmas intelectuales, como que deben ser así sin admitir ninguna discusión o cuestionamiento. El fundamentalismo filosófico no sirve a la vida común del hombre de hoy y de siempre. La filosofía de los griegos y los latinos no salvaron a esos pueblos de una decadencia lamentable (tanto histórica como moral y humana). La preocupación del hombre por conocer a fondo su exterior (reflexión y filosofía) como su exterior (ciencia) lo lleva al filosofema ineludible de causa-efecto. Esta cuestión es un “producto natural” del método científico, el meollo de la ciencia.

Todo científico está predestinado forzosamente a trabajar en pro de la dominante causalidad. Cuanto más se demuestre fehacientemente la conexión necesaria (aquello que no puede dejar de ser) entre causa y efecto, más probabilidades tendremos de resolver los problemas prácticos de nuestra vida. Pero ocurre que la ciencia necesita “parámetros”<sup>7</sup> para valorar ciertos fenómenos en forma rígida y que le permitan reproducir ese fenómeno en forma igual en cualquier laboratorio o método de investigación científica. Así, esta ciencia resuelve la instrumentalidad que le permite al hombre solucionar problemas económicos, políticos, de salud y de otras actividades prácticas. Pero la ciencia no tiene ningún parámetro biológico para la vida de cada uno de los hombres que concretamente han existido, existen y existirán en el futuro. Permite formular parámetros para algunos grupos muy determinados y puntuales de hombres, pero no para todo el universo humano. La Medicina y las ciencias espirituales, aun aquellas que nacen en la Medicina como la psicoterapia, no son totalmente solventes para conocer y resolver “los propósitos prácticos ordinarios” cotidianos, ya sean

---

<sup>7</sup> Parámetro es una variable cuya medición indica una cantidad o una función que no puede determinarse con precisión en sí misma con medidas directas. Esta variables es una constante arbitraria que se manifiesta como una expresión matemática que distingue sólo casos específicos, de forma tal que un parámetro tendrá valores fijos y definidos en unos casos, pero esos valores serán diferentes en otros casos.

bajo la forma de acciones o actitudes menudas como en las más importantes. Sobre todo en la “mejor forma” de tomar decisiones y llevar a cabo conductas auténticas. Sólo permite corregir algunos desvíos puntuales.

Toda ciencia o filosofía que ha intentado calar en las cosas prácticas cotidianas, en la actual perspectiva histórica, se han vuelto relativas. Cada logro dentro de una contextura histórica y sus condiciones temporales, aun apreciándolo con una evaluación completa, ha sido un buen avance en el conocimiento del hombre en sí, pero no nos ayuda a encontrar un terreno firme con un fondo en el cual podamos hacer pie sin hundirnos o tambalear. Se ha descubierto que en todas las épocas de la historia de la humanidad prevalecían “creencias básicas” que les hacían parecer a los hombres que eran muy evidentes en sí mismas y, por lo tanto, no se debía investigar ni pensar más en ellas. Pero las épocas históricas subsiguientes las mismas creencias eran desechadas por ser “insuficientes” para explicar o solucionar la cuestión que trataban. Al decir de **Roubiczek**: “*nunca descubrimos la verdad fundamental*”.

De ese modo, todos los valores y creencias, lo justo y lo injusto, la religión, la misma filosofía y ciencias, pasan a ser “simples fenómenos históricos” de los cuales la historia que lo registra no puede valorarlos en sí mismo. Simplemente registra el dato histórica y punto. Esto impresiona como que todos los valores y conocimientos acumulados por la humanidad, históricamente, son meros productos de las condiciones sociales, nacionales, coyunturales y mudables con los gustos, costumbres y modas.

Esto nos lleva nuevamente a la cuestión de que la verdadera esencia del hombre, a la que sólo conocemos por sus distintos modos de ser, históricamente se nos muestra a un hombre diverso, equívoco y variable, donde sólo caben opuestos: amor-odio, inteligencia-bestialidad, libertad-esclavitud, bien-mal, justicia-injusticia, fe-ateísmo, pacifismo-hostilidad, etc. Es como si cada hombre estuviera dispuesto predeterminadamente a vivir de un modo u otro, sin esperanzas y que son movidos como títeres por poderes fuerte y ciegos que nos obligan a un determinismo de sometimiento al azar o sino. El relativismo que nos impone la historia y los opuestos que nos rigen es como una especie de conclusión de que “no podemos creer en nada”.

Esto lleva a decir a **Albert Camus**:<sup>8</sup> “*si en nada creemos, si nada tiene sentido y ningún valor podemos afirmar, entonces, cualquier cosa es posible y nada tiene importancia alguna. El asesino no es ni justo ni injusto. La maldad y la virtud se reducen a la suerte o al capricho. ¿Quién decidirá acerca de la oportunidad, sino el oportunista?*”. Es como si todo lo que estamos analizando sólo conduce a un “callejón ciego” donde el hombre está “entrampado sin salida” cuando sólo acepta el pensamiento científico o la moraleja histórica o los dogmas de ciertos filosofemas, para despreciar absolutamente toda experiencia personal. Renuncia a su libertad y responsabilidad y a usar su inteligencia, afecto y voluntad. Esto lo sintetiza **Roubiczek** afirmado: “*en resumen, que a menos que haya unos patrones absolutos, válidos para todos los hombres, que exista algo superior al hombre por encima de las influencias sobre las que él mismo no puede influir, queda el hombre hundido, inmerso en el mundo e incapaz de afirmarse siquiera a sí mismo: no puede vivir una vida que merezca el calificativo de personal*”. Por estas razones, este autor postula que debemos intentar una comprobación objetiva, una especie de “chequeo” de nuestra realidad personal (yo y mis

---

<sup>8</sup> En su obra L’HOMME RÉVOLTÉ



circunstancias). De esta manera, hay que repensar y analizar los elementos que están dentro de nuestra propia experiencia, en lo referente a su naturaleza y credibilidad y la justificación real de nuestras creencias, tanto en el enfoque personal como impersonal. La objetividad está en colocar en una meditación crítica y bien informada si todos los adelantos científicos y las ideas morales y sociales en boga son verdaderamente útiles en forma eficiente a nuestros propósitos. No es un punto de vista meramente utilitarista. Es la intención sincera de saber si estamos viviendo correcta y auténticamente. Al menos, hasta donde nuestro conocimiento e inteligencia llegan y las circunstancias lo permiten.

Si aceptamos las cosas como las planteó **Camus**, es evidente que estamos frente al razonamiento de los existenciales que con sus conclusiones llegaron muy lejos, pero no para enaltecernos o solucionar cuestiones sino para rebajarnos a una nada negativa y a una muerte ciega. Era más importante ser para morir, que ser para vivir. Esto oficia, como lo tilda **Roubiczek**, de un “absolutismo irracional” que aspira al saber absoluto. Este absolutismo, en cierto modo muy cercano al escepticismo total, es el que postuló la “vaciedad total” bajo el concepto de la nada (*le néant* de **Sartre**) o la “*das Nichts*” de los alemanes, y que llegaron a proponer como un bien supremo. Este extremismo filosófico es el que dio desprestigio a ese pensamiento filosófico y arrastró tras de sí, a todo el pensamiento existencialista. Pero no es así. Si bien los existencialistas en general proponen cosas necesarias e importantes como es la esencia y la existencia del hombre, muchos de ellos llegan a esos “callejones sin salida” y se autoatrapan en sus concepciones que no ayudan ni a conocer ni a solucionar los problemas del hombre común real. Quedan involucrados en los juegos intelectuales anacrónicos.

Los desvíos filosóficos no descalifican, sin embargo, al existencialismo. El existencialismo, únicamente como doctrina que reconoce que el ser del hombre sólo es percibido a través de sus modos de ser, la forma como se exterioriza el “ser interior” (sistencia, mismidad), es algo válido y fenoménico cuya presencia, insistimos, es obvia. El verdadero existencialismo debe ser el que busca el equilibrio entre las acciones y reacciones observadas en la conducta cotidiana de cada hombre y la integración de “todos los modos de ser”, aun los opuestos. De esa integración saldrá un hombre más real y menos teórico. Conocer al hombre en sí mismo sólo es posible a través de manifestación como ser existente. Sin la existencia no hay otra forma natural y humana de ese conocimiento.

Pero aunque la observación existencial es objetiva, siempre dependerá del observador: el propio hombre, y éste está ligado indisolublemente a su subjetividad y su razón o inteligencia. Luego el equilibrio no está en decir si la razón es mejor que el existencialismo o viceversa. No existe la oposición razón vs. existencialismo. Es un falso filosofema. El equilibrio nos dice que razón y existencia están unidas y complementadas. Sin existencia la razón no tiene un objeto para explicar al hombre, sin la razón la existencia por sí misma tampoco explica al hombre. Si ambas se ayudan equilibrada y “razonablemente”, surgirá el juicio auténtico, justo, verdadero y eficaz para lograr que el hombre vida lo más naturalmente posible su vida, con equilibrio de sus opuestos, sin extremismos. Habrá circunstancias para aplicar extremismos, pero el grueso de la vida cotidiana exige más el extremismo hacia la bondad que la maldad, hacia el bien más que hacia el mal y en las cosas menudas operarán zonas grises donde haya equilibrio entre los opuestos. Lo contrario es el desequilibrio. Y el desequilibrio significa una existencia irracional y conflictiva. ¿O no?.

### La existencia natural

En términos fácticos (de hecho) nos conectamos con el mundo debido a aquello que hemos intentado conocer como *esencia* que es lo que impulsa a la existencia. La expresión de esa *esencia* es a través de hechos de una *naturaleza humana común* de la cual extraemos los conceptos universales a modo de leyes generales en las que fundamentamos esos “modos de ser” del hombre. Para interpretar un conocimiento más pleno de esa *esencia* o naturaleza humana se requiere una **profunda intervención personal** basada estrictamente en la experiencia interior de cada uno. **Roubiczek** piensa “*sólo así la realidad llega a ser enteramente real para nosotros; con frecuencia hemos tenido que recordar que ‘lo personal’ es lo real*”. Pero el autor nos advierte que no debemos caer en un **existencialismo absolutista** que llega a pregonar que “*lo personal es la única realidad*”. Puede ser, y de hecho lo es, que cada uno de nosotros llegue a pensar que lo suyo es único y original, pero no debemos olvidar que esto puede asir así si no tomamos contacto con la interpretación de la realidad que otros hacen. Si realizamos el esfuerzo de conectarnos con los otros e intercambiamos expresiones sinceras, nos sorprenderá de saber cuántos son los que piensan “igual que uno” o, mejor dicho, “igual que yo”. Precisamente, adquirimos plena conciencia de nuestra existencia cuando salimos al exterior y hacemos que nuestro *yo* se proyecte en él. Ahí nos encontramos con las cosas y las cuestiones de nuestra vida, pero por sobre todo hallamos a “los demás”, a “los otros” y formamos un nuevo sentimiento: el del “tú” como un “igual a mí”. Esas cosas, personas “iguales a mí”, las circunstancias y todas las cuestiones del vivir son **objetos de experiencia** que nos muestran la realidad y a nosotros dentro de esa realidad.

Cambian las circunstancias pero no el hombre. El hombre, y con él la humanidad, va perfeccionando sus modos de ser, pero esos modos son siempre los mismos. Cada realidad, cada circunstancia personal pone un punto de vista distinto. Pero el mundo y la realidad, en sí mismos, son inmutables para todos los hombres. No así el punto de vista, el que sí es personal e intransferible para cada uno (a menos que otros coincidan con ese punto de vista). O adopten el nuestro. Si el hombre, supuestamente, pudiera aislarse, ser un Robinson Crusoe en la isla del mundo, es evidente que nuestra mente y nuestra existencia no se desarrollarían. Aún en la ficción, Crusoe necesitó de Viernes (el otro personaje) para sobrevivir espiritualmente. De otro modo no desvelaríamos el misterio de nuestra propia existencia. La existencia es algo que depende estrictamente de nuestra conciencia y su desarrollo pleno. Y aun con una conciencia plena, siempre nuestro propio existir será la más misteriosa experiencia de todas las que podremos tener en el transcurso de nuestra vida. Dentro de ese misterio está el imperativo del yo-tú, esclarecido por **Martín Buber**.<sup>9</sup>

La existencia natural está ligada indisolublemente al espíritu. Es una existencia espiritual. Esto obvia muchos conceptos abstractos para llevarlos a un terreno no menos abstracto como es el espíritu, pero mucho más comprensible desde la complejidad del ser humano. Al espíritu lo comprendemos, más que a los conceptos de “estar fuera de sí” y otros similares. **Deepak Chopra**, en este sentido, ha elaborado lo que llama **cinco principios operativos de la existencia desde el nivel del alma** a los que enuncia de la forma siguiente:

1. *mi alma es un campo de infinitas posibilidades*. Nosotros interpretamos acá a *alma* como *espíritu*, en el sentido de que obra como un verdadero

---

<sup>9</sup> Autor de la obra YO-TÚ

instrumento del alma para que ésta se manifieste a través del intelecto, el afecto y la voluntad

2. *el espíritu es omnisciente*. Si se acepta la teoría de la memoria filética, del “inconsciente colectivo” de Jung y otras ideas similares, el hombre, y por ende su espíritu, llevan implícito un saber ancestral que le habilita para conocer cualquier cosa que exista o que conciba en su mente.
3. *el espíritu tiene capacidad para abrazar la incertidumbre*. La incertidumbre es todo lo que está fuera de la certeza total, aquello que se ignora o que no se conoce bien. Aquello que está fuera de la “realidad de los sentidos” porque es imperceptible a toda forma de percepción sensorial. Por eso la percepción extrasensorial es el espíritu en movimiento que nos permite llegar a las cosas desconocidas para poderla comprender (comprender es abrazar a un todo, sea perceptible o imperceptible, ver más allá de un parecer para acercarse al verdadero ser). Esta capacidad de comprender es parte de la omnisciencia.
4. *el espíritu tiene capacidad creativa infinita*. Tanto orientales como occidentales están de acuerdo en la intuición, la creatividad, la genialidad, etc. que muestran diferentes hombres, dando pruebas de que el ser humano es infinitamente capaz de crear, tanto en la dirección de encontrar nuevo sentido a cuestiones viejas, como la hallar sentidos totalmente nuevos. Esto permite el “salto cuántico” que expresa **Chopra** y que permite al hombre creativo pasar sin dificultades de un punto a otro, salvando las aparentes barreras que su propia mente colocó al modo de encontrar el saber o sobrepasando las aparentes condiciones naturales operativas de esa mente para llegar a otro espacio dimensional más allá del llamado “cosmos”. Abraza al cosmos y al más allá. En eso está la infinitud.
5. *el espíritu coopera con la creación de Dios (co-creación)*. Sin ser un predicar religioso, **Chopra** nos lleva al terreno de la creencia religiosa. No puede ser menos, puesto que alma y espíritu significan “soplo”, “aliento” y esto nos lleva al texto bíblico que concibe al hombre como una creación de Dios, hecha “a su imagen y semejanza” pues le insufló parte del espíritu divino. Luego, toda creación humana es capacidad espiritual y ésta esta entroncada con el espíritu divino. Es como si el hombre fuera una extensión del poder divino, el cual obra a través del hombre, su instrumento material para completar la creación. De ahí que intuición, creatividad y genialidad siempre se ha interpretado como un don divino y las obras que de ellas surgen se consideran sublimes, trascendentes, es decir, van más allá de la mera humanidad material para confundirse en una fuerza universal infinita y siempre misteriosa a la razón humana, pero, sin dudas, existentes.

La co-creación con Dios que propone **Chopra**, surge de la idea que la creatividad que anima al hombre es una capacidad que emana directamente del espíritu y que éste es la presencia de Dios en el hombre. Por lo tanto, todo lo que el hombre crea, lo hace junto al espíritu divino insuflado al hombre. Pero particularmente creo, un poco disintiendo con **Chopra**, que la creatividad del hombre siempre lo es, básicamente, sobre la ya creado por Dios. Este concepto obra un poco como que “todo está ya creado”.<sup>10</sup> El hombre va

---

<sup>10</sup> Todo lo que el hombre cocrea y conoce a través de la intuición y la inspiración, teóricamente ya estaba oculto en lo que ahora se llama memoria filética.

descubriendo los secretos de la creación y al hacerlo descubre algo que no se conocía y es demostrado como un producto de la creatividad humana. La intuición es la base de esa creatividad. Pero la intuición es sólo una capacidad para descubrir lo que era invisible a la conciencia del hombre. Cuando logra hacer visible algo, esto es “concientizarlo”, hacer que el hombre “tome conciencia” de la existencia de una cuestión o de un ente no conocido, es permitir que “se dé cuenta” de la existencia de ese ente o cuestión. Pero esto no significa crear sino, más bien, descubrir (destapar o sacar a luz, lo que estaba cubierto u oculto). Algo similar ocurre con lo material. Cuando el hombre “crea” un instrumento o una obra, está bajo la inspiración, otra capacidad espiritual (inyectada por Dios al infundirle o soplarle el espíritu, en el concepto de los creyentes). Luego, no hace nada más que ordenar lo material de una nueva forma y presentación que resulta original y nueva. Pero está usando material ya creado. Sólo que lo dispone de otra forma. Algo similar está ocurriendo con la transgenia y la clonación. Es obvio que si el hombre pudiera crear algo con vida, de un modo distinto al que están creados los otros seres vivientes, podría ser un hecho co-creativo con Dios. Pero esta co-creación equivale a tener el mismo poder de Dios, lo que haría de él un hombre-dios con poderes extraordinarios. Sin embargo, transgenia y clonación se limitan a usar genes ya creados. Mientras el hombre maneje moléculas preexistentes no creará nada sino sólo se limita a ordenar de un modo distinto esas moléculas ya creadas. La co-creación, desde este punto de vista, debe verse como una *cooperación del hombre con lo ya creado*. Cooperar con la obra de Dios para extenderla y ordenarla de acuerdo a sus necesidades coyunturales. En lo religioso, y si se profesa una idea religiosa determinada, la co-creación es buscar el camino del bien y la bondad y cumplir todas las leyes naturales y los preceptos religiosos dignos, que conduzcan hacia el encuentro con Dios. Los católicos decimos: cooperar con nuestra salvación. La co-creación puede llegar a ser la inversión espiritual para romper la rutina y encontrar el “sabor de la vida” y el sentido de nuestra existencia personal, manteniendo una relación amorosa, armoniosa y equilibrada con nuestros semejantes, a los cuales nos une siempre la solidaridad y el servicio.

**Heidegger** se preocupa por la existencia auténtica y su manifestación en el mundo. En este sentido, lo primero a resaltar es que la existencia trasciende de sí misma, no permanece en sí y siempre hace referencia a otro ser que es el mundo y la comunidad que hay en él. A la pregunta ¿por qué existe el hombre?, **Heidegger** responde que “está ahí” sin razón, puesto que puede ser o no ser. Esta contingencia es absurda pero muy evidente, puesto que el hombre está “arrojado” (yecto), viene de la nada y, en alguna medida, retorna a la nada. En este punto **Jasper** “*piensa que el hombre es un ser inconcluso y este carácter es el que le da pleno sentido a la trascendencia, pues el hombre sólo tiene sentido en relación con la misma: será hombre por su capacidad de trascender. La existencia, para Jasper, no es una subjetividad ni vive encerrada en sí misma, ya que el ser-uno-mismo (Selbstsein) únicamente se puede realizar en comunicación con otro ser que también sea-él-mismo. Se insiste así en la importancia de la comunicación que no solo hace posible al ser, sino que es también el camino hacia la verdad en todas sus formas*” (**Rodríguez Aranda**)

El existencialismo se ocupa mucho de este “carácter de arrojado” que parece sumir al hombre en su finitud y le produce sentimientos de fragilidad e inconsuelo y esto hace valiosa la comunicación por cuanto la solidaridad disminuye su desamparo. Esto lo propone **Jasper**. Pero otros existencialistas piensan que la comunidad impide la autenticidad de la existencia. Luego, el sentimiento auténtico de la existencia se logra en la angustia, la cual hace visible nuestra existencia. Así, caído en el mundo e inmerso en el agobio de los objetos que le

rodean, vive su vida con una uniformidad cotidiana. Este fenómeno le impide alcanzar el sentido íntimo de la existencia y sólo accede al mismo mediante el estado de angustia que le produce la nada. El encuentro con la nada le hace descubrir al hombre sus posibilidades ocultas y, *frente a la esclavitud de un vegetal irreflexivo*, encuentra la libertad y con ella su plenitud. (Rodríguez Aranda)<sup>11</sup>

### Críticas al existencialismo

Los extremos a que fue llevada la filosofía de la existencia, en especial en lo referido a la muerte, la nada y el ser, generaron mucha resistencia a los postulados de la existencia. Pero es indudable que, salvando los extremismos, la idea central de la existencia es un postulado que no admite mayor controversia como fenómeno evidente, de acuerdo a algunos puntos de vistas que hemos expuesto anteriormente.

La mayoría de los críticos que rechazan al existencialismo han formulado opiniones muy ácidas con relación al ser y la nada de **Heidegger**, a la nada de **Sartre**, al sentimiento de fe, temor, angustia y soledad de **Sören Kierkegaard**. Pero ha llamado especialmente mi atención del polaco **Grombrowicz**<sup>12</sup> quien medita sobre la llamada “existencia auténtica” o criterio de autenticidad de la existencia que sostiene el existencialismo. Este criterio es el que incita a llenar de sentido la existencia humana, acorde con la calidad de inteligente del ser humano, para abandonar la vacuidad de la vida cotidiana, la cual se considera llena de vacíos, especialmente el “vacío existencial”. **Grombrowicz** remarca que, frente al rigor de una existencia auténtica, se oponía *“esa vida fútil, inmediata y temporal que llaman banal, pues la presión del espíritu de seriedad nos oprime con fuerza desde todas partes”*. La lucha propuesta por los existencialistas para salir (trascender) la “vida común”, “vida cotidiana del plácido burgués”, etc. es el centro de este comentario del autor, quien confronta la “seriedad” de la “autenticidad existencial” con la vida vacua sin un proyecto existencial. Las indicaciones de no evadirse la responsabilidad, de no jugar inconscientemente con el tiempo de la vida, de no huir de los problemas y enfrentarlos para solucionarlos, fueron oportunamente tenidas en cuenta por **Grombrowicz** pero termina confesando su fracaso por alcanzar la “vida auténtica” que propugna la filosofía existencialista. Afirma: *“Claro que también yo prefería, a pesar de todo, no mentirme sobre mi propia existencia. Intenté reconocer esa vida auténtica, ser absolutamente leal ante la existencia. No me fue posible por la razón de que la autenticidad resultó más ficticia que todos mis jueguitos, vueltas y saltos juntos. Cuando apliqué a la vida la máxima conciencia, tratando de fundar en ello mi existencia, advertí que no era posible. Es imposible asumir todas las exigencias del Dasein y al mismo tiempo tomar café con masas durante la merienda. Sentirse angustiado ante la nada, pero aún más ante el dentista. Ser una conciencia en pantalones que conversa por teléfono. Ser una responsabilidad que anda de compras por la calle. Cargar con el peso de la existencia significativa, darle sentido al mundo y dar vuelto de un billete de diez pesos”*. En este pasaje el autor pone de relieve la imposibilidad de conciliar un pensamiento filosófico de alto vuelo y abstracto, frente a las vulgaridades de la vida diaria normal. El conflicto personal que plantea es muy válido, si se le enfoca del modo como él lo hizo. Es verdad que hay una cierta imposibilidad de aplicar con rigor un pensamiento puro y abstracto a las obligaciones ineludibles de comer, asearse, evacuar esfínteres, dormir y “vivir

<sup>11</sup> **Luis Rodríguez Aranda** en el prólogo a la obra FILOSOFÍA DE LA EXISTENCIA de **Jasper**

<sup>12</sup> **Witold Grombrowicz** – DIARIO ARGENTINO

obligadamente en la cotidianeidad”. La filosofía existencialista expresa los postulados intelectuales de las ideas que sustenta, pero no ha impreso un catálogo de cómo debe ser la vida obligada en un mundo común que está fuera de todo absolutismo filosófico. La autenticidad habla de dar un sentido a la vida, tener un proyecto existencial, asumir la responsabilidad de una existencia inteligente, pero no nos dice cómo come el auténtico, cómo debe asearse y cómo debe manejar las cosas pragmáticas menores, como es el uso del dinero, realizar las compras, ocuparse de llevar un trabajo y seguir una rutina que nada tiene que ver con los profundos presupuestos de la trascendencia metafísica, el pensar crítico y el proyecto existencia auténtico. Esto es lo que, lógicamente, confunde a **Grombrowicz** y también confundiría a todo ser normal y cotidiano. El existencialismo da los principios absolutos de la autenticidad pero no alude a los usos prácticos de una vida en común, en un mundo inauténtico. Lo que escapa a esta forma de vivir la experiencia existencialista es lo que dicta el sentido común bajo el signo natural de la sensatez llana y “común”. La doctrina existencialista entrena a nuestra mente a conocer la trascendencia espiritual a la ahora llamada “mente superior” y que no es otra cosa que pasar del medio estímulo natural y cotidiano a una forma de pensar donde nuestra inteligencia tenga acceso a nociones o conocimientos de otras estructuras mentales y de otros conceptos y significados. En ese ámbito metafísico, el pensamiento crítico no hace otra cosa que desnudar todo lo cotidiano (desde saltar de la cama, afeitarse, desayunar, usar el baño para las evacuaciones imprescindibles, viajar en colectivo, cumplir un horario y un trabajo habitual y tener deseos rutinarios de jugar, ver deportes o espectáculos, reunirse con amigos y contar cuentos o chistes, instintos eróticos, sentimientos destructivos, etc.). Desnudar, en este lenguaje, es poder apreciar lo positivo y lo negativo de los hechos diarios; a fin de proceder a un proceso de deliberación para seleccionar qué es lo más conveniente y digno a nuestra condición de hombres pensantes. Para esto, el existencialismo propone afinar nuestra forma de pensar para lograr el pensamiento crítico, es decir, el instrumento de distinción. Ese pensamiento será la guía para no errar en la interpretación y selección de las cosas comunes. El otro problema que el existencialismo propone es el dilema de seguir aceptando, sin oposiciones, una vida “siempre igual” y “siguiendo la corriente a lo que todo el mundo hace”. O, contrariamente, comenzar a ver las cosas desde otra perspectiva de modo tal que, quizá, no cambie la rutina, pero ésta en mi mente y en el curso de mi vida, cambia de sentido y me orienta a sentir distintamente la dirección de mi existencia personal. Las llamadas “personas extraordinarias” en filosofía oriental, no son más que hombres comunes, que viven en medio de la gente común y dentro de la comunidad (sociedad común). Pero son “extraordinarios” porque imprimen a “lo común” un sello distinto. Así, si los hechos vulgares de tener que hacer compras, lidiar con los vueltos del dinero, las colas, la mala educación y la violencia de la gente, en lugar de hacerme reaccionar como “todos lo hacen”, intento algo diferente. De este modo, a la violencia opongo la razón y la bondad, en aras de pacificación y no de hostilidad. No significa admitir la violencia, agachar la cabeza y ser víctima pasiva de ella. Lo que se ignora no es la violencia en sí, sino el reaccionar también con violencia. La no-violencia no implica dejarse matar o golpear sino que autoriza la “defensa propia” y los actos de “justa causa”. Pero una cosa es una reacción propulsada por la inteligencia y el afecto y el deseo de abortar la violencia y otra cosa es echar nafta al fuego. La diferencia entre la mente común y la mente superior consiste en el análisis del hecho cotidiano y la reacción frente a él. El hombre común, el “hombre de la calle”, tiende a devolver instintivamente, un insulto con otro insulto, un golpe con otro golpe, una ofensa con una reacción ofensiva. El “hombre extraordinario” no huye pero sin ignorar al insulto no lo contesta y, si es posible, trata de calmar los ánimos. Piensa que los otros reaccionan negativamente porque pueden tener

alguna causa. La cuestión no es reprender, responder con “la misma moneda” ni “pasar por alto” por indiferencia o desprecio. La cuestión es “tratar de comprender al otro” y la tolerancia es nada más que no responder del mismo modo, sino de ubicarse uno frente al otro, de forma tal que pueda existir la posibilidad de una solución positiva para una situación negativa. El conflicto es lo normal en la vida social actual. La ecuanimidad y la templanza es lo ausente... y anormal. La mente superior consiste en tratar de buscar y adquirir virtudes que hagan más llevadera la vida común. No es salirse de ella, sino simplemente confrontarla con la mayor bondad posible, en lugar de vivir odiando o guerreando con uno mismo y con los otros. Para eso es necesaria la “paz interior” para poder transmitir la “tranquilidad exterior”. Todo violento, de algún modo, suele ceder cuando otro no le opone resistencia pero tampoco muestra temor. La sensatez está reflejada en los refranes populares. Por eso acuña aquello de “dos no pelean si uno no quiere”, “mejor que la venganza es el perdón” o “errar es humano, perdonar es divino”. La mente superior del hombre extraordinario no es otra cosa que la prudencia de la sabiduría popular. Esto significa que no sale del mundo vulgar, sino que inmerso en él usa lo mejor en lugar de vivir con lo peor. Todos nosotros nos enfrentamos diariamente con el transcurso de las 24 horas del día. En él hay una noche, un amanecer, una mañana, un mediodía, una tarde, un anochecer u ocaso del sol. Todo esto ocurre para todos, todos los días y toda la vida de cada uno. Sin embargo, la mayoría “vive el día” sin detenerse a admirar el esplendor del sol, la belleza del firmamento nocturno con sus estrellas y la luna o la magnificencia inefable de los amaneceres y atardeceres, en manera especial si se está en el llano, en la montaña o en el mar. Todos pasamos juntos a las plantas, los árboles y las flores siempre. Todos vivimos las cuatro estaciones. Pero sólo unos pocos hallan curiosidad por sabe como es una semilla germinando, una flor en todo el esplendor de su textura de pétalos, pistilos, estambres, colores y la disposición de su corola o el verde de sus hojas y tallo. No vemos la belleza de la naturaleza y de la vida, sino que vivimos ensimismados en nuestros conflictos interiores y exteriores y terminamos por “vivir ausentes de nosotros mismos” o “indiferentes con los otros” o “perdidos de la belleza del mundo”. Nos ocupa y preocupa más lo negativo y destructivo que lo positivo y constructivo.

La autenticidad existencial no pide que seamos unos intelectuales sobresalientes, con una retórica ininteligible por su rebuscamiento o refinamiento, ni que poseamos una cultura sobrenatural y enciclopedista. Nos pide que vivamos apelando a la sensatez, a la vida que tiende a la bondad y a la cordialidad y cortesía con nosotros mismos, nuestros seres queridos y el resto de la humanidad. Esto no quiere decir que seamos bobalicones dulzones, ni ilusos utópicos que estemos pisando nubes y no tengamos los pies puestos en el barro de la tierra. La elevación espiritual no exige actitudes ni aptitudes que nos hagan mostrar conductas raras y fuera de lo común. Sólo nos exige que la conducta común esté más cerca de lo digno e inteligente que de los instintivo y bestial. Debemos ser muy humanos y esto significa que debemos comer, dormir, bañarnos, defecar y orinar como todos. Que no siempre seremos excepcionales y que tendremos errores y tenderemos a “pequeños vicios” o juegos comunes. Pero el saldo final no es el conjunto de todas estas cosas erradas o inanes, sino el equilibrio y la armonía que pongamos en nosotros y en los otros. Que sepamos manejar la inteligencia, el afecto y la voluntad de forma tal que dominemos al instinto, disminuyamos lo negativo y destructivo y busquemos más ir a lo positivo y constructivo. Que admiremos la belleza natural del mundo y sepamos encontrar lo mejor dela gente, en lugar de centrarnos en lo peor. Que acertemos a enrolarnos con el bien y evitar todo daño a nosotros y a los otros y no vivir de escándalo en escándalo. La ley humana y la ley divina no castigan los actos que no producen daño, aunque éstos no sean tan perfectos. Pero si sanciona todo acto dañino, aunque

sea impulsado por una intención buena o tenga formas de ser digno. La sensatez nos dice claramente que todo lo que provoca daño no es digno ni bueno y es lo que debe evitarse a toda costa. La insensatez, precisamente, es todo lo contrario, pues se embarca en acciones dañinas, llegando a la estupidez de autojustificarlas con pseudorrazonamientos.

Es probable que el error de **Grombowicz** consista en no saber haber separado la rigurosidad intelectual de la doctrina filosófica, de la inmediatez de la vida cotidiana. Haber interpretado a la vida auténtica como algo rígido, perfecto y fuera de todo lo cotidiana, es lo que constituyó la imposibilidad de alcanzar esa perfección que él imaginó por una interpretación literal de la doctrina.<sup>13</sup> La sabiduría y la prudencia, en esta cuestión, residen en comprender lo que en el fondo es la autenticidad y el pensamiento trascendente y su aplicación inmediata a la inmediatez de la vida vulgar. La autenticidad no me impide comer lo que me apetezca sino que me pide apelar a la razón inteligente, al afecto y a la voluntad para amarme con una autoestima positiva y amar a los demás también con autoestima positiva y, en ese sentido, comeré de un modo determinado y tipos de alimentos que no me dañen ni dañen a otros. ¿En qué consiste la positividad? Simplemente en no hacernos daño ni hacerlo a los demás y en no provocar el escándalo. En respetar nuestros derechos y los ajenos y asumir nuestras obligaciones, aún cuando otros no lo hagan. Este autor polaco expresa su escepticismo cuando cuenta que sabe *“cómo concilian ellos (los existencialistas) estos contrastes de la teoría. Paulatinamente, gradualmente, a partir de Descartes, a través del idealismo alemán, me familiaricé con esta estructura, pero a su vista siento risa y vergüenza con igual potencia que en días lejanos cuando era aún completamente ingenuo. Y aunque pudieran “convencerme” mil veces, siempre me resultará todo eso de una insoportable y elemental ridiculez. Mientras la filosofía especuló desvinculada de la vida, mientras se conformó con ser razón pura e hilvanar sus abstracciones, no era en este grado una violación, una ofensa, una ridiculez. El pensamiento iba por un lado y la vida por el otro. Podía tolerar las especulaciones cartesianas o kantianas por ser sólo obra de la razón. Sentía que además de la conciencia estaba la existencia. En el fondo no he tratado nunca estos sistemas sino como un producto de cierto poder mío, poder de razonar, que, sin embargo, era tan sólo una de mis funciones, como era, en última instancia, la expansión de mi vitalidad, a la cual podía no ceder. ¿Pero ahora? ¿Con el existencialismo? El existencialismo quiere ya abarcarme por entero, ya no apela únicamente a mis facultades cognoscitivas, quiere penetrar en mi ser más profundo, quiere ser mi ser. Aquí es donde mi vida se encabrta, empieza a dar coces”*. Al leer estas expresiones me sorprendí. Primero entendí muy bien lo que el autor quiere decir en relación con la filosofía de la razón, pues me ocurrió algo parecido. Nunca acepté de lleno tantas concepciones meramente intelectuales y abstractas pero admiré la perfección de la construcción lógica de las ideas aparentemente irrefutables.

Y como sostiene **Grombowicz**, lo acepté como una cosa natural de la expansión de mi razón y de la vitalidad de la misma, a la cual, cuando uno da rienda suelta, no puede dejar de ceder a las tentaciones de usarla en todas sus posibilidades. Pero como lo advierte el pensador, notar esa potencialidad y usarla, no afecta principalmente mi vida personal. Pero

---

<sup>13</sup> **Rodríguez Aranda** analizó que en cuestiones de la filosofía de la vida y la existencia, los filósofos han intentado simplificarlas mediante búsqueda de sistematismos, como lo hizo especialmente **Hegel**. Pero **Sorensen Kierkegaard** fue tajante cuando sentenció *“hay algo que no se puede convertir en sistema: la existencia”* puesto que las formas de ésta son imprevisibles.



otra cosa es el existencialismo que intenta que yo no sea un pensador pasivo sino un meditador activo que desea ordenar mi vida existencia personal en dirección de lo que se ha considerado auténtico, buscando la verdad de las cosas y tomando con seriedad la cuestión de la existencia, la muerte, y la pérdida del sentido de la vida o nada existenciales. Pero una cosa es la mera pretensión de ordenar mi existencia y otra muy distinta la imposición rígida y sin lugar a deliberar para optar o descartar mi participación en ese ordenamiento.

**Grombrowicz** interpretó directamente que el existencialismo se le imponía imperativamente. Personalmente, mi interpretación no fue así. Entendí de entrada que las proposiciones existencialistas tenían más asidero que las especulaciones en abstracto y sumamente intelectuales por su extrema racionalidad de los filósofos que mediaron entre la Antigüedad y la era del existencialismo. El existencialismo me pedía inmiscuirme conmigo mismo, pensar en mí, pero en función de los otros y sondear la realidad cotidiana pero no dejarme llevar por la primera impresión de lo que las cosas “parecen ser” sino ocuparme de acercarme, en lo posible, a “lo que son”. Me pide distinguir no sólo entre lo falso y lo verdadero sino en que debo buscar un norte y una brújula para vivir con responsabilidad y no a la deriva o llevado por la corriente. Esto no es meterse en mi existencia y coartar el cambio de la misma. Es simplemente reflexionar la posibilidad de ver las cosas desde otro ángulo o punto de vista distinto. Dada la excesiva relatividad de la filosofía posmodernista, de la que **Grombrowicz** comienza a formar parte, es aparentemente lógico oponerse al absolutismo de buscar la verdad y la autenticidad. Pero no es así. El existencialismo propone y es el hombre el que debe disponer. No coartar. Propone opciones distintas. Está en mi voluntad aceptar o rechazar. De hecho, **Grombrowicz** demuestra este aserto. Debido a que su interpretación del existencialismo lo juzgó como imposibilidad de practicar, no lo acepta. Pero esto juega un poco como el ejemplo de la religión, donde la polémica entre la fe y el ateísmo es algo de nunca acabar. Aceptar, o no, la posibilidad de existir ocupándose de adquirir una cierta calidad de vida, o negar que esa calidad de vida no es posible y no existe, es un fenómeno dado y reducible sólo a posiciones desencontradas. Negar a Dios no afecta su posible presencia. No optar por el existencialismo, no afecta su bondad. Todo está en la mera dimensión de identificarse, o no, con una idea o creencia y aceptarla o rechazarla. Los argumentos en pro o en contra siempre estarán presentes, en razón del poder de la dualidad contrastante, inherente a la naturaleza humana (bien-mal, amor-odio, sensatez-estupidez, violencia-paz, etc.)

Mi intención, al comentar la obra y pensamiento de **Grombrowicz**, es poner de relieve que mi experiencia fue a la inversa de la tenida por el pensador y pude apreciar al existencialismo desde otra arista más pragmática. El existencialismo, en su enunciación, tiene la complicación que todos han señalado. Pero con la intención de aplicarlo a la vida común o cotidiana, los resultados son distintos a lo esperado en la teoría. Se puede ser un hombre común con un proyecto existencial, sin que esto altere sustancialmente un estilo de vida ineludible por las condiciones culturales, los usos y las costumbres. Mi pensamiento existencialista no me obliga a no usar el ropaje que me impone la tienda o el supermercado. La autenticidad no está en lo que como, hago o me equivoco. Está en el modo de pensar. El vivir existiendo requiere del pensamiento previo de hacerlo. De un deseo de participación. Pero esa participación no tiene el sentido de que la vida práctica o diaria debe ser completamente seria y acartonada para mostrar autenticidad. Precisamente, una existencia demasiado seria y formal es antinatural y nunca auténtica, pues no se vive lo que uno es, sino lo que pretende ser. El acomodamiento de mi ser propio y personal a una concepción de

existencia auténtica consiste en eso: ser uno mismo. La forma de ser es variable. Lo que no cambia es mi esencia. La variabilidad de la forma de ser me obliga a pensar profundamente sobre lo que es falso o inauténtico y lo que es verdadero o auténtico. ***Siempre la veracidad o autenticidad guarda una estricta relación directa con lo natural, es decir, aquello con lo que yo he nacido y no me es impuesto por un modo de pensar.*** Quiero decir que no puedo modificar la naturaleza pensando conceptos contranatura. Si lo hago no seré auténtico sino que estoy pensando inauténticamente (por más que esa inautenticidad tenga un cierto consenso universal, como ocurre con determinadas modas) Igualmente, yo puedo adquirir una forma de pensar, lo que no significa entregar o adecuar la existencia tal cual a la forma de pensar, en cuanto esto sea algo abstracto y absoluto. El existencialismo hace ver como es salirse del encierro de nuestra mismidad para participar en el mundo exterior. Esa participación es privativa de cada ser. No significa que yo, necesariamente, tenga que aceptar las interpretaciones de la nada, de la muerte y de los modos del ser. Hay cosas universales y que yo puedo separarme de ellas. Incluso, puede vivir como quiera, pero al hacerlo en la sociedad deberé acomodarme a ella, so pena de ser excluido por la indiferencia, la soledad. En los casos de conducta dañina y penada por la ley, la exclusión se transforma en reclusión física en una celda. Si vivo en conformidad con “lo usual” difícilmente sea un marginado social. El existencialismo describe muchos fenómenos dados. Es verdad que lo hace desde un determinado punto de vista, pero no está hablando de asuntos ajenos a mi humanidad. Incluso, la inautenticidad es parte de mi humanidad, sólo que yo tengo los medios para reconocerla y desterrarla (a menos que sea mi voluntad vivir inauténticamente)..

**Grombrowicz** alega que el existencialismo “*no se trata ya sólo de una teoría sino de una actuación de su existencia que pretende anexarse la tuya y, a eso, no se responde con argumentos sino con una manera de vivir distinta de la que ellos pretenden*”. Si reflexionamos esta frase en el contexto actual de la sociedad humana, realmente se vive, de parte de todos, una existencia muy distinta de las pretensiones existencialistas, en el sentido de buscar la verdad, proyectar la existencia y de saber distinguir a las cosas a través de los modos con que se presentan u ofrecen a mi atención. El existencialismo nació de los que percibieron el sufrimiento y la anonadación o el ensimismamiento de los albores de la presente humanidad del siglo XXI. No pretende un modo de existir específico y ajeno a la esencialidad de cada uno, sino de ayudar a corregir los defectos del modo de existir del hombre actual común o “plácido burgués”. Sólo pide estar atento y alerta a los desvíos de la vida que dañan a todos. En cuanto a aquello de “no te evadas”, “no juegues”, “asume la partida, responsabilízate” y “no sucumbas, no huyas”, no es en sí una “cuestión existencialista” sino una especie de clamor, tanto por parte de los individuos que notan la banalidad en que viven, sino también una “exigencia social” independiente de teorías o doctrinas filosóficas. Esto quiere significar que el existencialismo no ha hecho nada que recoger las experiencias vitales reales y anticipar que, tarde o temprano, la sociedad nos exigirá, de un modo u otro, que seamos totalmente responsables de nos y los otros (nosotros). En consecuencia, tampoco es una cuestión de una existencia libre pero mucho menos de una existencia libertina de un “dejar hacer, dejar pasar”. Esto suena más a libertinaje escandaloso y dañino que una existencia libre. La búsqueda de la verdad es inherente al hombre, le guste o no, a algunos. **Jesús** incluso dijo: “*la verdad os hará libre*”. Esta es la “razón de ser” del existencialismo cuando nos pide indagar a los entes por lo que los entes son en sí (verdad). Si bien yo tengo la facultad de elegir cómo vivir, esto no me autoriza a criticar la proposición de una vida plena y responsable, útil para sí y para otros. En ese aspecto, el existencialismo habla de autenticidad, no como una cuestión de mera seriedad (“tomarse la vida en serio”)

sino como atendible razón de tratar de que el modo de existir no me provoque tedio, enfermedad, soledad y toda otra patología. La sensatez existencialista, como la sensatez vulgar del hombre común, nos dice que adoptar un proyecto de vida sobre el fundamento de la autenticidad, no es apoderarse de nuestra existencia personal, sino buscar el bienestar general, a través de cada bienestar individual. Y esto no es dialéctica ni sofismo ni un filosofema. Es la conclusión y el deseo de todo hombre cabal.

El pensar filosófico tiene un valor incalculable, pero sujeto a la condición de que no se desvíe de lo natural y lo sensato. Es el pensamiento válido de la mente ordenada y adiestrada para pensar. Es el estado de reflexión consciente que nos permite “darnos cuenta” de lo que las cosas son o parecen ser. Es el culmen de la inteligencia humana puesto que no está sujeto a ninguna técnica ni ciencia metodológica. Es ciencia porque se ocupa del recto conocimiento. Pero en las cuestiones vitales propiamente dichas, el pensar filosófico puede encontrarse con lo que **Grombrowicz** llama la “*impenetrabilidad de la vida*”. Cuando alguien se arriesga a bordear lo que la vida es en sí, hay misterios insolubles tanto para la ciencia biológica pero mucho más para el pensar filosófico. Por ende, la existencia como manifestación de una vida expresa también es “impenetrable”. Esta impenetrabilidad fue el escozor de **Heidegger** y la intenta superar con el método de los “modos de ser”. **Grombrowicz** sintetiza esto, escribiendo: “*si se analiza el asunto desde un punto de vista histórico, el hecho de que el espíritu humano se haya atascado en este escándalo existencial, en su indefensa agresividad y sabia estupidez, era, quizá, inevitable. La historia de la cultura demuestra que la estupidez es hermana gemela de la razón, crece con mayor exuberancia no en la tierra virgen de la ignorancia, sino en el suelo cultivable, fecundado con el sudor de sabios y profesores. Los grandes absurdos jamás han sido ideados por aquellos cuya razón se preocupa sólo por los problemas cotidianos. No tiene nada extraño, pues, que precisamente los pensadores más intensos sean, a veces, producto de las mayores estupideces*”. **Grombrowicz** confirma lo que **Erasmus** había percibido en su obra cumbre.<sup>14</sup> Su estulticia no es nada más que una descripción de la estupidez humana.

En referencia a la razón humana,<sup>15</sup> **Grombrowicz** expresa que esa razón “*es una máquina que dialécticamente se limpia sola, lo que significa que la suciedad no le es ajena. Nuestra defensa ante esa sucia imperfección de la razón, ha sido que nadie se ha preocupado demasiado por la razón, comenzando por los mismos filósofos. A mí me es imposible creer que Sócrates, Spinoza o Kant hayan sido hombres verdaderos y totalmente serios. Jamás conoceremos la génesis de esa suciedad, su inmadurez oculta e íntima, sus infantilismos, su vergüenza, pues eso no lo han sabido ni los propios creadores*” Esta idea sobre la razón, automáticamente, me hace pensar que el autor imagina una razón similar al disco duro de la computadora cuyo software puede ser “limpiado” por el “asistente del mantenimiento”. La imperfección de los razonamientos es depurada por la propia razón que los produce, oficiando como una especie de servo que está atento a “autolimpiarse”, en la concepción de **Grombrowicz**, esas “suciedades racionales”. En mi opinión particular, creo que el mejor

<sup>14</sup> **Erasmus de Róterdam** – ELOGIO DE LA LOCURA

<sup>15</sup> La RAE define a la razón como facultad del entendimiento para discurrir y discurrir es reflexionar, pensar, hablar acerca de una cosa aplicando la inteligencia. El entendimiento es una potencia del alma, en virtud de la cual concibe las cosas, las compara, las juzga e induce y deduce otras de las que ya conoce. El problema último de la razón sería, pues, “el concebir de las cosas” puesto que si piensa una concepción falsa, todo lo que de ella deduzca será falso también.

servicio de la razón es el que presta la sensatez, la que evitará más eficazmente, no sólo el error grosero sino aún los más finos. Esta idea la completa al afirmar que *“la cultura, el saber, son algo mucho más ligero de lo que parece. Más ligero y ambiguo. No obstante, el imperio de la razón es terrible. Apenas advierte que alguna fracción de la realidad se le escapa, enseguida se abalanza a devorarla. De Aristóteles a Descartes, la razón se comportaba en general tranquilamente, por considerar que todo podía ser comprendido. Pero ya la CRÍTICA DE LA RAZÓN PURA (Kant) y luego Schopenhauer, Nietzsche, Kierkegaard y otros se pusieron a delimitar terrenos inaccesibles para el pensamiento y descubrieron que la vida se mofaba de la razón. Eso, la razón no podía soportarlo y desde ese momento comienza su tormento que alcanza una tragicómica culminación el existencialismo Aquí la razón se encuentra cara a cara con el más grande y más inaprensible de los burladores... la vida. Ella misma descubrió a ese enemigo y lo hizo concreto; se puede decir que los filósofos han pensado durante tanto tiempo que al fin inventaron algo sobre lo que ya no es posible pensar. Por eso frente a los creadores de esa razón desnaturalizada, a uno lo invade la vergüenza, pues ahí, en virtud de una malevolencia, de una horrible perversión, la grandeza se transforma (por una diabólica contorsión) en la mayor ridiculez, la profundidad conduce al fondo de la impotencia, el acierto da en el blanco de la tontería y el absurdo... Se acercaban al ridículo a medida que invadían los terrenos de la vida; así Nietzsche es más cómico que Kant, pero frente a ellos la risa todavía no se volvía una necesidad, porque su pensamiento era abstracto y en la medida en que siguiera abstracto no nos comprometía. Es sólo cuando el problema teórico llegó a convertirse en el “misterio de Gabriel Marcel, cuando el misterio se volvió ridículo hasta hacerlo a uno estallar de risa”.* Haremos acá un alto para repasar esta “crítica directa, ácida y desnuda” que hace **Grombrowicz** de la filosofía en general y del existencialismo en particular.

En orden a sus concepciones, **Grombrowicz** piensa que la majestad de la filosofía, o del pensar filosófico y sus conclusiones solemnes, son manifestaciones de “seriedad”.<sup>16</sup> Claramente reveló que descreo en la seriedad de los pensadores como Sócrates, Spinoza y Kant, según el texto antes citado. Incluso intenta definir en qué consiste la ridiculez del existencialismo, argumentando: *“aquí no se trata únicamente de ese contraste desesperado entre la “realidad vulgar” y la realidad tajante de los filósofos, abismo tan definitivo y aplastante que ningún análisis podrá cubrir. Nuestra risa en este caso no se nutre en el hecho de tener los dos pies asentados en la “razón común”, no; es más horrible porque es más crispada, es independiente de nosotros. Cuando me hablan, existencialistas, de la conciencia, la angustia y la nada, me echo a reír no porque no esté de acuerdo entre nosotros. Estoy de acuerdo ¿y qué...? ¡nada pasa!. Me puse de acuerdo pero en mí nada cambió, ni siquiera un ápice. La conciencia que han inyectado a mi vida se me introdujo en la sangre, se hizo vida inmediatamente y ahora me sacudo a carcajadas frente al antiquísimo triunfo del elemento. ¿Por qué debo reírme? Sencillamente porque aprovecho la conciencia para vivir. Me río porque me deleito con la angustia, me divierto con la nada y juego con la responsabilidad y no hay muerte”.* En este párrafo voy a permitirme hacer algunas reflexiones en digresión.

---

<sup>16</sup> El concepto de seriedad está referido tanto a lo grave, sentido y compuesto en las acciones y en el modo de proceder como las concepciones reales, verdaderas y sinceras, sin engaño o burla, dobles o disimulo. Vulgarmente se usa como la antialegría: la seriedad excluye la alegría y la superficialidad

En mi calidad de médico noté que mis pacientes tenían signos y síntomas que no concordaban con lo aprendido en la Facultad de Medicina ni lo explicado en los textos médicos. Había muchos fenómenos que afectan al cuerpo y al espíritu (en términos médicos, a lo psicológico). Este hecho me llevó a incursionar en las neurociencias, la psicología y la filosofía, para comprender mejor a los fenómenos biológicos. Pero como lo atestigua **Grombrowicz**, es cierto que la vida común, la de todos los días y la de todas las personas que nos rodean, se comporta de modos inescrutables. Sólo es permitido conocer el fenómeno pero no se puede comprender todo y a veces sólo se explica parcialmente. Más aún: el conocimiento del fenómeno no tiene la certeza de verdad absoluta sino de conceptos relativos que configuran una *mera opinión*. Pero esto no sólo me ocurre a mí sino también a la ciencia médica en general, que debe cambiar los conceptos a medida que la tecnología le permite conocer mejor la fisiopatología molecular, acceder a intervenciones quirúrgicas o estudios sofisticados y elaborar medicamentos tecnológicos. En suma: la vida y la biología son fenómenos cambiantes según el punto de vista con qué se miren. Además, a esto hay que agregar la intención del que observa y el grado de cultura de interpretación de lo observado. Un accidente automovilístico tendrá connotaciones diferentes o dispares, si es observado y comentado por un médico traumatólogo, un especialista en tránsito, un ingeniero mecánico o un ingeniero civil o un arquitecto. El mismo fenómeno tendrá para cada uno de ellos un motivo o un cariz totalmente diferente: mientras el médico ve daños anatómicos, el ingeniero mecánico observa las falencias mecánicas del automotor, el ingeniero civil piensa que la ruta tiene defectos, el arquitecto argumentará que el trazado de calles y la edificación impiden un tránsito fluido u ordenado y el especialista en tránsito opinará si los conductores acataron las “normas de tránsito”. Y así, sucesivamente, con todos los hechos fenoménicos habituales de la vida humana, tanto la individual como la social. Las ciencias están limitadas a la observación, experimentación, deducción e inducción, etc. y la observación y la experimentación dependerá del grado de avance tecnológico. A mayor tecnología mayor poder de observación y experimentación. Una patología estudiada a principios de siglo XX tendrá un cambio de conceptos a mediados de ese siglo y un vuelco total a fines del siglo. Según la tesis de **Mc Luhan**, científico canadiense de la comunicación, los medios tecnológicos son la extensión de los sentidos. Así hay aparatos que aumentan el poder de la visión, otros de la audición, otros del tacto y otros del olfato. Esos aparatos, a medida que se perfeccionan, captan en forma distinta un mismo fenómeno. Luego cambiando el dato de base, cambia la inducción y la deducción y las patologías adquieren dimensiones diferentes y equívocas. Esto en lo estrictamente biológico. Se supone que el saber científico conlleva el aval de lo “comprobado” en forma objetiva por los aparatos y subjetiva por los sentidos, aún los “sentidos extensos por tecnología”. Es una actividad que tiende a la objetividad y obvia la subjetividad. Contrariamente, la psicología y la filosofía tienden a ocuparse más de lo subjetivo, pero buscando el método de “objetivarlos” en forma aceptable. Pero si tanto lo objetivo como lo subjetivo, están sujetos a variables ¿cómo puede llegarse a un saber absoluto, total e inmodificable?

Termino la digresión y retomo la cuestión bajo el comentario que de acuerdo a lo comentado en la digresión, de algún modo ésta es la “ridiculez” que afecta toda “seriedad” filosófica que hace notar **Grombrowicz**. La ridiculez, cualquiera sea su forma, es un disvalor que involucra la indiferencia, el desprecio y la burla o risa. Los investigadores que han advertido que la tecnología ha dado vuelta a muchos conceptos antes tenidos como verdad irrefutable, son los que ahora sostienen al relativismo posmodernista que configura una especie de escepticismo posmodernista. No obstante todas estas consideraciones válidas, el

hombre ha evolucionado en la vida y su existencia, como exteriorización social de su vida biológica ha sido cambiante en las formas pero no en la esencia. Las culturas milenarias, de uno u otro hemisferio, siguen vigentes en los postulados principales que aluden a sentimientos y emociones como a la forma de pensar y conocer la realidad circundante. Ellas han aprendido que no hay relatividad sino fenómenos distintos aunque sean manifestaciones de un mismo ente, en nuestro caso, el hombre. La ridiculez no consiste en hablar del fenómeno sino en la forma de conceptuarlo y comprenderlo. Si yo pretendo englobar al fenómeno concreto de la vida humana en conceptos abstractos, será muy difícil homologar los pensamientos de los diferentes investigadores y observadores. Ni la heurística, ni la exégesis ni la hermenéutica me ayudarán a descifrar o comprender cabalmente el pensamiento del pasado. Las dificultades del lenguaje, las diferencias sociales y culturales y del modo de pensar impedirán el consenso presente. La falta de proyección cierta no habilitan a interpretar el futuro, pues los fenómenos sólo son susceptibles de estudiarse cuando se han dado o se están dando, pero no se conoce lo que aún no se presentó.

Pero el particular problema de **Grombrowicz**, además de las generalidades de las incertidumbres y relatividades científicas y filosóficas, es su experiencia personal, donde su intelecto le lleva a aceptar los postulados del existencialismo, pero su estilo de vida entra en pugna con los mismos. Tal vez falló en él la idea de cómo tiene que ser un proyecto existencial o cómo debe conducirse quien ha entendido y aceptado los postulados filosóficos.

Lo que el pensador ha obviado es que una cosa es el razonamiento lógico y otra la conducta pragmática y diaria. Yo puedo vivir en medio de una tribu de salvajes de cualquier selva del mundo y estar ahí con todo el conocimiento y saber de un bagaje cultural extenso y erudito. ¿Pero de qué me sirve todo esto sino hay tecnología? De igual modo ¿cómo conciliar el respeto por la vida humana en una tribu de antropófagos? Es verdad que estos son ejemplos groseros, pero traspolados a la experiencia cotidiana de nuestra sociedad vulgar y común, nos ocurre algo parecido. Nuestro pensamiento vuela a alturas impensadas, pero nuestra realidad está atrasada con relación a la profundidad de pensar. Este divorcio aparente entre vida real y vida pensada (proyectada) es lo que causa escozor, si la expectativa era acomodar la vida al pensamiento y no al revés. La falla de los grandes pensadores consistió en eso: formulaban un concepto abstracto que creían perfecto y absoluto, totalmente veraz y luego pretendían que la realidad debía adaptarse a él. Así la ética nos enseña como es el “deber ser” pero no advierte “lo que se es” y cuáles son las posibilidades del cambio. Todos sabemos que una mente superior es un valor codiciado, pero no todos sabemos como alcanzar esa mente superior. De igual manera ocurre con la “vida santa”, la “vida exitosa”, la maduración o plenitud espiritual personal, etc. Todas esas cosas existen como modelos subjetivos que pueden teóricamente aplicarse al hombre objetivo. Pero una cosa es la axiología apreciable y otra cosa es la capacidad personal para observar esa axiología. Nadie discute que la bondad es buena. Pero, ¿por qué todos tienden más al mal que al bien, aún aquellos que admiten el bien en forma subjetiva? El ejemplo más grosero es el del moralista de “moralina”, aquel que predica “hagan lo que digo pero no lo yo hago”. Esto que parece algo ridículo es lo corriente tanto en religión como en política, economía, y todas las ciencias no exactas. Las exactas son tales porque obligan a todo el mundo a hacer lo mismo (iguales parámetros). El descubrimiento de las ciencias no exactas es, precisamente, porque se ignoraron u obviaron los “parámetros”.

Luego, para vivir bien, en forma auténtica, lograr el equilibrio con la justicia, la razón, la libertad y la autenticidad, itero que exige ineludiblemente la tríada de ***no hacer nada que provoque daño a sí, a otros y ser motivo de escándalo***. Todo derecho personal está estrictamente limitado por el derecho del otro. No hay libertad sin responsabilidad, de lo contrario es libertinaje. ***Indiscutiblemente una vida auténtica exige ajustarse a la verdad absoluta (a lo que las cosas son y no lo que parecen ser), a la bondad suprema, al respeto irrestricto del prójimo y, por sobre todo, al amor a sí y a los otros sin ningún condicionamiento.***

¿Cuál es el secreto? Aprender a descubrir nuestro espíritu (la esencia verdadera) lo que implica a trascender con la meditación, aprender a tomar conciencia (saber darnos cuenta de lo que realmente nos ocurre), afinar la inteligencia (don de aprender a leer dentro de las cosas lo que las cosas son) para adquirir sabiduría (el saber correcto), encontrar la calma mental (dominio de la mente) para obrar con prudencia y asumir el control de nuestra voluntad para aprender a deliberar cuáles son los cambios que deberemos realizar para encontrar una vida auténtica. Les advierto que si consideran a estas premisas muy sencillas y concisas o trilladas, no se equivoquen: mediténlas y tendrán otra visión de lo que es vivir y saber vivir.